

CAPÍTULO II

LA ESTRATEGIA Y GUERRA ECONÓMICAS

“Nosotros no estamos en crisis, estamos en guerra”, afirma Michel Debre. “Nosotros estamos en estado de guerra”, escribe Bernard Esambert al principio de su libro *Le Troisième Conflit Mondial*. La parte de metáfora es evidente, pero más acá de la lucha armada entre superpotencias, reserva hecho de las sangrantes guerras llamadas locales, la hostilidad es tan profunda y duradera entre los grandes, que explotaría en matanzas sin “el equilibrio de los terrores”.

La guerra emplea la violencia para someter la voluntad del adversario a la suya y en esta época de economismo la violencia en el orden de la producción y de los cambios es omnipresente en actos o virtualmente. Se agrava con la amenaza total que castiga a todos y en todos los aspectos. Los grandes, que hasta aquí no han sido vencidos por los medios económicos, ¿titubearán definitivamente en emplear otras armas para zanjar sus propias querellas después de ser batidos por los “pueblos interpuestos”?

Esta duda explica la angustia de que llegue el año 2000; esta angustia contamina la atmósfera a tal punto que desde hoy la guerra ya no es puramente económica. Tanto menos que la incertidumbre de nuestras previsiones y la irrisión de nuestras perspectivas alteran la noción misma de la estrategia.

El pleno sentido de la estrategia es un encadenamiento de las decisiones que corresponden a la anticipación de todos los pasos en un juego (*game*) por un periodo fijado. L. von Newman y Oscar Morgenstern nos han enseñado mucho un rigor que no sea estático, definido en variables desprovistas de las actitudes y comportamientos de los jugadores concretos que las desbordan por todas partes. La estrategia armada es un tejido de apuestas que desgarrar el suceso imprevisto; la estrategia económica no es distinta.

Resignémonos a la aproximación del lenguaje. Ésta no impide una reflexión útil acerca de los hechos y de las operaciones que se designan bastante claramente como "guerra económica" y "estrategia". Al analizarlos tenemos la ocasión de cerner los problemas profundos del último cuarto de siglo.

¿En qué medida se puede disminuir a un adversario?

Si la paz no es la ausencia de la guerra, ¿cómo se formaría una estrategia de la paz económica?

Los europeos en el siglo XIX pensaban o fingían creer que el mercado y la industria eran garantías de la paz entre las naciones.

El comerciante y el productor debían suplantar al guerrero, propagando la propiedad por la aplicación de reglas simples: fabricar muchos objetos útiles, intercambiarlos a su precio. El mundo, olvidándose de las naciones, conocería la felicidad.

Es la doctrina que conviene a un gran pueblo (inglés) en una pequeña isla condenada a la exportación; éste inventó la reducción de la nación a una provisión de factores, trabajo y capital o a una combinación de costos comparativos. Por un tiempo el éxito vino de la hegemonía política, practicada pero mortal. Es la doctrina que presentaba como leyes casi naturales los mecanismos del talón oro, los términos de intercambio y las ganancias del cambio. La baja de los costos del productor, transmitida a los precios de sus exportacio-

nes, beneficia a sus clientes, la nación pequeña debe sacar más ventajas que la grande del comercio exterior, actúa racionalmente al cambiar su vino por telas indefinidamente. Doctrina en apariencia estratégica e igualmente antiestratégica, puesto que la nación no sería una estructura económica sino el lugar donde las mercancías se cambian por el bien de todos.

Pero doctrina sutilmente dominante, que celebraba la concurrencia entre iguales, perfecta y pura arbitrada por el precio neutro e incorruptible en la época en que la Gran Bretaña reinaba sobre los mares. Desde que J. M. Keynes en el capítulo xxiii de su *Teoría general*, reconocía alguna virtud al neomercantilismo, cuando éste obtiene intencionalmente el pleno empleo y en consecuencia aumenta el producto y el tráfico, se abre una brecha en el sistema clásico: el más comerciante de los pueblos es invitado a comprender la organización nacional y a evaluar sus efectos favorables o no. Entonces, la ilusión de la paz por los mecanismos del mercado se disipa.

Después, la evolución de las estructuras económicas se ha acelerado. Las competencias entre el pequeño número de grandes unidades; se advierten íntimamente ligadas a la competencia entre naciones; se ha dicho que los oligopolios son mejor comprendidos a partir de C. Clausewitz y su manual que es el mejor; este régimen engendra conflictos de precio y de poderes, eventualmente violentos respecto a los pequeños y a los débiles. Además, las grandes unidades, nacidas de la concentración e insertadas en los grupos financieros, operan en economía mixta, donde la parte de los sectores públicos en el gasto, la inversión y la información es rápidamente creciente y no parece reversible pronto; el industrial y el comerciante se apoyan sobre su Estado y recíprocamente. Como la gran unidad mixta por esta razón no puede desarrollarse sólo en el mercado nacional, ella actúa tal como es, medio pública y medio privada, sobre las otras naciones. Sea que ella

las influya o sea que se instale allí, la desigualdad de las unidades se combina a la de los Estados. La estrategia económica se transforma en transnacional más que en internacional. La organización inevitablemente política de los mercados entre naciones traspasa las pantallas que una doctrina ingeniosa levantaba entre la paz por el mercado y la colusión de la industria privada con el Estado territorial.

La actividad de las grandes economías mixtas hace vacilar la fe en el mercado regulador y soberano; ella impone la imagen de una guerra porque está asociada a dos grandes enfrentamientos.

Los Estados Unidos y la Unión Soviética esquivan el conflicto atómico pero viven en un estado permanente de hostilidad y de violencia reprimida. Una liga la libertad a la economía descentralizada, la otra liga la liberación de las masas al plan totalitario. Una busca los grandes negocios supuesto que estos no armen al enemigo; la otra está bien obligada a importar y a endeudarse.

Según las estaciones, es la guerra fría, la coexistencia, la tensión. Al momento de las peores tensiones, las operaciones clásicas de la guerra económica están prestas a degenerar. En 1948, para oponerse a la aplicación de una reforma monetaria preconizada por los aliados, los soviéticos deciden el bloqueo de Berlín; los Estados Unidos replican estableciendo el célebre puente aéreo; el bloqueo se levanta hasta después de un año del principio de la crisis (junio de 1948 a mayo de 1949).

Quince años más tarde (1962), los Estados Unidos suspenden sus importaciones de azúcar de Cuba e inquietos por la instalación de cohetes soviéticos, deciden el bloqueo de la isla. La Unión Soviética tiene que ceder.

Esos juegos peligrosos no excluyen la guerra económica por otros medios, rimada por las suspensiones de tráfico ruso-americano, las prohibiciones en las exportaciones, los contratos comerciales denunciados casi tan fácilmente como

se les aprueba, en suma, los irregulares de productos que se acompañan a transferencias de tecnología a veces inquietantes. En cuanto al juego del desarme, además del enorme desvío de recursos que implica, entraña la temible estrategia de la obsolescencia inducida. Cada uno de los adversarios con sus progresos científicos y técnicos vuelve inutilizables el material y los conocimientos acumulados por el otro.

Los grandes enfrentamientos entre los Estados Unidos y Rusia por las destrucciones que implican someten al mundo entero a las consecuencias de la guerra económica que sustituye sin excluir completamente a la guerra armada.

Otro enfrentamiento importante, aunque menos manifiesto, inextricablemente mezclado al presente, se manifiesta entre naciones pobres, naciones en vías de desarrollo y naciones desde hace largo tiempo formadas e industrializadas. La escalada política de los no-blancos, la toma de conciencia de los abusos del colonialismo, prolongado por los cuasi-colonialismos de hoy y la propagación de la información general vuelven ampliamente inoperantes las tentativas de diálogo, abren a las naciones jóvenes a las influencias de las superpotencias y favorecen operaciones violentas en contraste con el comercio tradicional, que estaba ya por sí mismo impregnado de violencia.

El hecho de aumentar la OPEP cuatro veces el precio del petróleo se ha revelado como un arma temible; las peripecias de su empleo revelan la eficacia de la guerra económica al servicio de solidaridades que no son principalmente económicas; sus consecuencias en cadena eran verdaderamente difíciles de apreciar en ese "plan total" cuya tesis es una estrategia: ¿es posible evaluar con exactitud desde el principio las respuestas por el petróleo del Mar del Norte, el desarrollo de la energía nuclear, los daños causados a los países menos desarrollados, el papel moderador de Arabia Saudita en el seno de la OPEP, la disminución del poder de compra por la depreciación del dólar en 1977-78?

En circunstancias que no tienen nada excepcional, la guerra económica es, además, activa en las relaciones entre naciones por razones relativas a sus estructuras. Los países industrializados ejercen una influencia de estructura sobre los países de menor desarrollo y sobre los países pobres del Tercer Mundo. Esta influencia se ejerce por la inversión directa, por las firmas transnacionales, por la complementariedad de las exportaciones, por el nexo entre las exportaciones y los servicios de los técnicos, de los cuadros y de los trabajadores calificados.

Una desestructuración seguida de una reestructuración del país menos desarrollado, según los deseos del más poderoso, orienta las transacciones del porvenir. Las superpotencias dominan también los espíritus, tanto como los aparatos de producción, por una especie de contagio mental: no deja de tener graves consecuencias que la economía preponderante en Occidente propague al mismo tiempo que sus mercancías un cierto estilo de vida.

Entre los viejos europeos uno escucha ahora propósitos insólitos: "un tal se vende bien". "Tal nación está bien vendida". Se piensa en Taylor, quien quiere que el manibrista de lingotes de fundición piense tan poco como un buey, y uno se pregunta si nos hemos convertido en animales de crianza, vestidos para la defensa y comprados cuando hace falta. Nuestra suerte no sería apenas y entonces, más envidiable que la de aquellos animales vestidos por el Partido y empujados hacia el matadero totalitario.

La guerra económica presente en algún grado entre las naciones impregna toda las luchas-concurso y los conflictos-cooperación del mundo, en los enfrentamientos de los imperios de fin de siglo.

La paz económica no es la ausencia de guerra económica.

Ella no se deduce de una preferencia ingenua o excesiva por el mercado y el orden mercantil. Ella será, si ha de ser algún día, el fruto de una organización original de los mer-

cados que no marcha sin renovación de las sociedades. Al interior de las naciones evolucionadas, la ley de la solvencia y del lucro es corregida para evitar que destruya los seres humanos no o poco productivos. A escala mundial, este nivel de civilización, bastante elemental en suma, no es aún alcanzado. La economía de los occidentales, por su funcionamiento mismo, deja morir o decaer a las masas humanas; sin decirlo o afirmando lo contrario, ella ejerce una violencia de rutina en su ámbito. Así, el espíritu mercantil, en sí mismo y por sí mismo, es el portador de hostilidad más o menos inconsciente pero eficaz: es él quien si no acepta reformarse, dará oportunidad a una de las formas de totalitarismo tan tentadoras para los pueblos enfrentados con las durezas de todos los lanzamientos.

Por incierta y penosa que pueda ser, es la estrategia de la paz económica la que debe inventar y elaborar, en actos, el mundo llamado "libre", si prefiere no ser a largo plazo la víctima de grandes guerras mundiales llamadas "de liberación".